

CAPITAL

14 AL 28 DE AGOSTO 2003 \$3.000

El manicero que se hizo la América

Luis Martínez y Nuts4Nuts



El lado humano de Hermógenes Pérez de Arce • El regreso de Abalos y González
Ferrocarriles: a toda máquina • Mall Plaza: la catedral de la clase media.

NUTS 4 NUTS



Los pétalos tardíos de Lemebel



Seix Barral Biblioteca Breve

Pedro Lemebel

Zanjón de la Aguada

En esta recopilación de crónicas urbanas Pedro Lemebel demuestra que es uno de los más eminentes cultores de este género en Chile. Muy a su manera, eso sí. POR JUAN MANUEL VIAL



Zanjón de la Aguada.

Pedro Lemebel.

Ed. Planeta, Santiago,

2003. 298 pp.

Desde la legítima trinchera que ha cavado a punta de arañazos, alaridos, enjundia verbal, talento literario y arrojo, el escritor y performista Pedro Lemebel vuelve a deleitar al lector bienintencionado, esta vez con *Zanjón de la Aguada*, una potente selección de crónicas urbanas, demostrando, de paso, que es uno de los más eminentes cultores de este género en Chile, muy, pero muy por sobre otros, a quienes, desde hace décadas, y de manera injustificada, el vulgo ha reverenciado como eximios cronistas. No recuerdo haber leído una pieza de tan tierna, repulsiva y descamada imaginaria como *Zanjón de la Aguada* (*Crónica en tres actos*), cuya segunda parte, titulada *Mi primer embarazo tubario*, es digna de la más oscura y escalofriante antología de lo grotesco. La historia -real hasta el tuétano- se inicia, en lo personal, con los siguientes datos: "Mi niñez del Zanjón mariposeaba al mosquerío del sol que mi madre espantaba cuidadosa, pero al primer descuido, cuando ella atareada, en un minuto me perdía de vista, la aventura del gatear fuera de la callampa me conducía al borde de aquella acequia, donde metía mis pequeñas manos, donde mojaba mi cara y sorbía el lodo en la curiosidad infante de conocer mi medio a través del sabor. Y así fue como un día mi barriga se fue hinchando como si me hubiera embarazado un príncipe moscardón". El horripilante desenlace es magistral. Y este acto, que es el segundo de una crónica en tres partes, es, en sí mismo, un documento de invaluable humor negro, exquisitísimo entre los anales de un género tan poco explorado por los nonagenarios cronistas chilenos.

Otra razón para sacarse el sombrero ante el genio combativo del ex integrante del temible dúo ochentero llamado, con absoluta propiedad, "Yeguas del Apocalipsis", es el manejo que Lemebel da al lenguaje, vivificándolo a cada instante con palabrejas callejeras de buen sonar o, derechamente, con híbridos picantes de su propia invención, enquistados en su hablar, con método, dosis y tino, sin jamás llegar a la vulgaridad. En la prosa de Lemebel la hipérbole -recurso arriesgado- es recurrente, pero siempre tolerable. Si a este caldo espesado agregamos la irónica e incorruptible mirada proletaria del autor, tendremos, a nuestra disposición, sutiles momentos de sinceridad festiva, los cuales uno, como lector que sólo lee para matar el aburrimiento que conlleva cualquier otra actividad, aprecia, aplaude y agradece. Como por ejemplo, la siguiente pregunta, para nada desprovista de inocencia y candor, aunque descontextualizada aparente lo contrario: "¿Cómo le iba a contar al cura, que sentía gustito cuando el cabro de atrás en la fila del curso me punteaba con su tulita caliente mi potito coliflor?". Notable es también, y muy en ese tono, la dedicatoria del libro: "Para ti, mamá, estos pétalos tardíos". Al mejor estilo del gran Sandro.

Pedro Lemebel tiene la ferocidad de la hiena -cruel a veces, implacable siempre- atributo que convierte sus argumentaciones punzantes en música celestial para los oídos desprejuiciados. El mejor ejemplo de lo anterior, dentro de estas crónicas que hablan de todo y de todos, se da en *El incesto cultural del familión chileno* (*O las erres y las zetas de un próspero paisaje*), pieza notable por la profundidad de un juicio histórico demoledor. Si hubiera algo que criticar a este sustancioso compendio de lemebeliana, sería la no inclusión de las fechas en que las crónicas recopiladas fueron publicadas. Y si, excediéndome en mi labor, se me permitiera una divagación marginal, de genuina admiración, no puedo menos que reverenciar la buena tolerancia de Lemebel a la hierba paraguaya, esa cuyos humos han disecado tantos cerebros, pero que en él, flor maldita, no parecen hacer mella, pues el talento permanece y florece.